

chos menos notables, en una palabra, á todos los medrados de la inteligencia.

Para acabar de arruinarse, la nobleza les toma prestada su pluma y aspira á sus triunfos. «Se han desechado,—decía el príncipe Henin,—según las *Memorias* de Tilly, ésas preocupaciones godas y absurdas relativas al cultivo de las letras. En cuanto á mí, escribiría mañana una comedia á tener talento para ello, y si tanto se me apuraba, hasta llegaría á representarla.» Y, en efecto, según puede verse en *Gustavo III*, de Geffroy, «el vizconde de Segur, hijo del ministro de la Guerra, representa el papel de amante en *Nina*, en el teatro de la señorita de Guimard con todos los actores de la comedia italiana.» Un personaje de la señora de Genlis en *Adela y Teodoro*, volviendo á París tras cinco años de ausencia, dice que «dejó á los hombres únicamente ocupados en el juego, en la caza y en sus casitas de placer y que vuelve á hallarlos convertidos todos en autores,» y ya en 1762 Bachaumont cita un gran número de dramas escritos por grandes señores como la *Clytemnestra*, del conde de Lauraguais, el *Alejandro*, del caballero de Fenelon y el *Don Carlos*, del marqués Ximènès. Ellos llevan á cuestras de círculo en círculo sus tragedias, comedias, novelas, églogas, disertaciones y consideraciones de todas clases. Tratan de hacer representar sus obras, sufren el juicio previo de los cómicos, solicitan una frase de elogio en el *Mercurio* y leen fábulas en las sesiones de la academia. Se enredan en los chismes, en la vanagloria y en las pequeñeces de la vida literaria, peor aún, de la vida teatral, puesto que en cien teatros de sociedad, son ellos actores y representan junto con los actores de oficio. Añádase á eso si se quiere sus pequeñas habilidades de aficionados; pintar á la aguada, componer canciones, tocar la flauta. Tras esta mezcla de clases y esa sustitución de papeles ¿qué superioridad le queda á la nobleza? ¿Por qué mérito especial, por qué capacidad reconocida se hará respetar del Tercer estado? Fuera de una flor de extraordinario buen tono, y de algunos refinamientos de buena educación ¿en qué difieren uno y otro? ¿Qué instrucción superior, qué costumbre de los negocios, qué experiencia del gobierno, qué instrucción política, qué ascendiente local, qué autoridad moral puede alegar que autorice sus pretensiones al primer puesto? En materia de prácticas es ya el Tercer estado quien hace el trabajo y da los hombres especiales, intendentes, primeros dependientes de los ministerios, administradores laicos y eclesiásticos, trabajadores efectivos de toda clase y de todos órdenes. Recuérdese el marqués de que

antes hemos hablado, antiguo capitán de guardias francesas, hombre leal y de corazón, confesando en las elecciones de 1789 que los «conocimientos esenciales á un diputado, se hallarán más generalmente en el Tercer estado, cuya inteligencia está ejercitada en los negocios.» En cuanto á la teoría, el villano sabe tanto de ella como los nobles y cree saber más que ellos; porque habiendo leído en los mismos libros y penetrado de iguales principios, no se detiene á mitad de camino como ellos en la pendiente de sus consecuencias, sino que sigue adelante con la cabeza baja hasta el fondo de la doctrina, persuadido de que su lógica es penetración y de que es tanto más ilustrado cuanto que tiene menos preocupaciones. Considérese á los jóvenes que tenían 20 años por el de 1780, nacidos en una casa laboriosa, acostumbrados á la fatiga, capaces de trabajar doce horas al día, un Barnave, un Carnot, un Røederer, un Merlin de Thionville, un Robespierre, raza enérgica que conoce su fuerza, que juzga á sus rivales, que conoce su debilidad, que compara la aplicación y la instrucción propias, con su ligereza y su insuficiencia, y que cuando ruge en ella la ambición de la juventud, se ve anticipadamente excluida de todos los altos puestos, relegada perpétuamente á los empleos subalternos, aventajada en todas las carreras por superiores, en quienes apenas si reconoce iguales. En los exámenes de artillería, en los que el genealogista Chérin rechaza á los plebeyos, y el abate Bossú, matemático, rechaza á los ignorantes, se averigua que falta la capacidad á los estudiantes nobles y la nobleza á los estudiantes capaces, como lo prueba Champfort, p. 114; gentil-hombre é instruído, son dos cualidades que parecen excluirse; de cada cien alumnos, cuatro ó cinco reúnen una y otra. Y al presente en que la sociedad está confundida, semejantes pruebas son frecuentes y fáciles. Abogado, médico ó literato, el hombre del Tercer estado con quien habla familiarmente un duque, que viaja en diligencia mano á mano con un conde, coronel de húsares, puede apreciar á su interlocutor, á su vecino, contar sus ideas, comprobar su mérito, estimarle en su valor; y tengo la seguridad de que no le ponderará.

Desde que la nobleza con su sagacidad especial perdida, y el Tercer estado con su capacidad general adquirida, quedan nivelados por la educación y las aptitudes, la desigualdad que los separa se hizo irritante al convertirse en inútil. Instituída por la costumbre, ya no está consagrada por la conciencia, y el Tercer estado se irrita con razón

contra privilegios que nada justifica, ni la capacidad del noble, ni la incapacidad del burgués.

III

Desconfianza y cólera para con el gobierno que compromete todas las fortunas; odio y hostilidad contra la nobleza que cierra todos los caminos, hé ahí los sentimientos que crecen en la clase media, en virtud del solo progreso de su riqueza y de su cultura. Con esta materia así dispuesta, se prevé cual será el efecto de la filosofía nueva. Encerrada primeramente en el receptáculo aristocrático, la doctrina filtró por todos los intersticios como un líquido untuoso y se extiende imperceptiblemente por la capa inferior. Ya en 1727, Barbier, que es un burgués de antigua cepa y no conoce gran cosa más que de nombre la filosofía y los filósofos, escribe en su diario: «Se escatima á cien pobres familias la renta vitalicia de que viven, adquirida en efectos de que es deudor el rey, y cuyo capital se ha extinguido; se dan cincuenta y seis mil libras de pensión á gente que ha ocupado los primeros y en los cuales han amasado considerables bienes, siempre á expensas del pueblo, y todo ello por descansar y no hacer nada» (1). Una á una penetran las ideas de reforma en su despacho de abogado consultor, fué bastando la conversación para propagarla, y el buen sentido común no necesita de filosofía para admitirlas. «La cuota de los impuestos sobre los bienes, dice en 1750, debe ser proporcional y repartida igualmente entre todos los súbditos del rey y miembros del Estado, á proporción de los bienes que cada uno de ellos posea realmente en el reino; en Inglaterra, las tierras de la nobleza, del clero y del Tercer estado, pagan igualmente sin distinción; nada hay más justo.» Durante los diez años siguientes la ola crece; se murmura del gobierno en los cafés y en los paseos, y la policía no se atreve á arrestar á los descontentos «porque se necesitaría arrestar á todo el mundo.» Hasta el fin del reinado va creciendo la desafección. En 1744, dice el librero Hardy, durante la enfermedad del rey en Metz, los particulares mandan rezar y pagan á la sacristía de Nuestra Señora, seis mil misas para su restablecimiento; en 1757 después del atentado de Damiens, el número de misas pedido sólo llega á 600; en 1774 durante la enfermedad que ocasionó su muer-

(1) Barbier II, 16; Hl. 255. «El rey es robado por todos los señores que le rodean, sobre todo en sus viajes á sus diferentes posesiones, los cuales son frecuentes.»

te, el número se redujo á tres. Descrédito completo del gobierno, triunfo inmenso de Rousseau; de estos dos acontecimientos simultáneos, puede hacerse arrancar la conversión del Tercer estado á la filosofía. Al comienzo del reinado de Luís XVI, un viajero que regresaba á Francia tras algunos años de ausencia y al cual se preguntaba qué cambio observaba en la nación, contestó: «Nada más sino que lo que se decía antes en los salones se repite ahora en las calles» (1). Y lo que se repite en las calles es la doctrina de Rousseau, el *Discurso sobre la desigualdad*, el *Contrato social*, vulgarizado y repetido por los discípulos, en todos los tonos y en todas las formas.

¿Qué más seductor para el Tercer estado? Esta teoría, no sólo obtiene boga y es la que el Tercer estado vuelve á encontrar en el decisivo momento, en que por vez primera se elevan sus miradas hacia las ideas generales; sino que además, ella le proporciona contra la desigualdad social y contra la arbitrariedad política, armas más cortantes de lo que necesita. Para gente que quiere intervenir el poder y abolir los privilegios ¿qué maestro habría más simpático que el escritor de genio, el lógico potente, el orador apasionado que establece el derecho natural, que niega el derecho histórico, que proclama la igualdad de los hombres, que reivindica la soberanía del pueblo, que denuncia á cada página la usurpación, los vicios, la inutilidad, los maleficios de los grandes y de los reyes? Y aún omito los caracteres por los cuales gusta á los hijos de una burguesía laboriosa y severa, á los hombres nuevos que trabajan y se educan, su continua seriedad, su tono áspero y amargo, su elogio de las costumbres sencillas de las virtudes domésticas, del mérito personal, de la energía viril; es un plebeyo que habla á los plebeyos. Nada de extraño que le tomen por guía y que admitan sus doctrinas con la ferviente creencia que es el entusiasmo y que siempre sigue á la primera idea lo mismo que al primer amor.

Un juez competente y testigo ocular, Mallet Dupan, escribe en su *Mercurio británico*, en 1799. «En las clases medias é inferiores, Rousseau tiene un número cien veces mayor de lectores que Voltaire. El solo, es quien ha inoculado en los franceses la doctrina de la soberanía del pueblo y de sus consecuencias más extremadas. Tendría mucho que hacer para citar un solo revolucionario no arrebatado por esas teorías anárquicas y que no ardiera en

(1) De Barante. *Cuadro de la literatura francesa en el siglo XVIII*, 312.